lo permite — replicó Passepoil, á quien siempre le gustaba guardar las formas.

— Estoy seguro de que ella consentirá muy de buen grado — replicó Helouin. — Contra más seamos mejor saldrá la cosa; no sabemos lo que puede ocurrir por el camino.

La litera llegaba. Al hallarse junto á los tres hombres, Cocardasse y Passepoil pidieron á la condesa permiso para escoltarla.

Aurora se lo concedió muy á gusto.

— Sí, amigos míos, vengan — les dijo; — en su compañía, me sentiré más fuerte.

Entonces se dirigieron todos con paso rápido hacia la plaza de las Victorias, en donde estaban instaladas provisionalmente las oficinas de la policía.

III

LA PUERTA EXCUSADA

Volvamos ahora á Felipe.

Al salir del callejón, empezó el joven á caminar á la ventura, pensando en cuanto le había sucedido en dos horas.

Pero su imaginación no podía especificar nada.

Su conversación con Bathilde en el baile, la visita á casa de ésta, el lazo que le habían tendido, su largo recorrido á través de las vastas y silenciosas habitaciones del hotel, el retrato que vió en aquel cuartito, frente al busto y á la cuna del niño, la mujer dormida junto á la cual se había arrodillado, todo eso pasaba y volvía á pasar por su cerebro, sin orden ni ilación, en fantástica cabalgata.

Sin cuidarse del penetrante frío de la noche y de las horas que se deslizaban, caminaba sin tener la menor idea de la distancia que recorría.

Después de vagar así hasta los primeros resplandores del alba, vino á encontrarse frente á una casa de bastante buen aspecto, de la que salía un ruido confuso y continuo de vòces, de pisadas, de idas y venidas, cual si en su interior hubiera gran reunión de personas.

Dicha casa, de tres pisos de altura, estaba iluminada de arriba abajo y producía una extensa mancha luminosa en medio de sus vecinas, sumidas aun en cierta semioscuridad.

Maquinalmente empezó á examinarla el joven, preguntándose lo que podría ser aquello para que reinase tanto movimiento á semejantes horas.

Mientras trataba de resolver ese problema, un individuo, con la cabeza y los hombros tapados por una capa, pasó ante él, y después de experimentar á su vista como un movimiento de retroceso, se acercó á una puerta excusada sita á uno de los lados del edificio, la abrió y desapareció en seguida tras ella.

— ¡Santo Dios! — juró Felipe que había lanzado una ojeada al personaje y había reconocido sus facciones á pesar del capuchón que las ocultaba en parte; — ó mucho me engaño, ó ese es el ganapán de Zeno, el seductor de Marina y mi asesino de anoche... ¿Qué viene á hacer aquí?...

Entonces miró más atentamente la casa y acabó por reconocer que era la embajada de Venecia, adonde ya había venido en busca del caballero.

— ¡No, no me equivoco! — continuó; — ¡ya lo creo que es él! esta es su casa. ¡Ah! lo que es ahora no me dirán que no está, pues le acabo de ver entrar.

¿Pero qué quiere decir toda esa gente que está en su casa?

¿Dará alguna fiesta?

Me alegraría que así fuese; de ese modo habrá numerosos testigos del castigo que voy á infligirle.

Y se acercó á la puerta que había abierto el caballero, sin fijarse que seguramente no era aquella la entrada principal del edificio, ni darse cuenta de la temprana hora en que iba á solicitar ser introducido.

En efecto, era Zeno el á quien Felipe acababa de ver.

El representante de Venecia no iba allí, como puede suponerse, á cuidarse de asuntos diplomáticos, pues esta era la menor de sus preocupaciones.

Su presencia en la embajada tenía un motivo mucho más poderoso.

Como hemos dicho ya, tenía un garito, y no un garito clandestino, sino una casa de juego declarada y autorizada bajo el abrigo de la inmunidad diplomática.

En casa de Zeno se estaba como en territorio de Venecia, y el león de San Marcos extendía sus alas protectoras entre los guardianes de las leyes y los desgraciados jugadores que iban á dejarse desvalijar cándidamente á la embajada.

Después de salir del hotel de Nevers, notando Zeno que sus vestidos habían sido desgarrados en muchos sitios por la espada de Helouin, decidió ir á su «locura» para cambiar de ropa y vestirse convenientemente.

Y acabamos de verle entrar en la embajada, de regreso de las alturas de Montmartre.

Quería conocer en seguida los beneficios acumulados durante la noche por sus « *croupiers* ».

Lo que le intrigaba mucho, causándole cierta inquietud, era haber visto á Felipe delante de su puerta.

— ¿De dónde sale y qué viene á hacer allí? — se preguntaba mientras recorría las salas de juego. — ¿Tendrá la audacia de colarse aquí? Si así es, hay que procurar impedirlo. Por lo que pueda ocurrir, pongámonos en guardia.

Pasó á un gabinetito en donde solía arreglar sus cuentas con los empleados, y proveyóse de una pistola de bolsillo que sacó de un cajón.

Este argumento *ad hominem* era, al parecer, á veces necesario para liquidar las cuentas dificultosas.

Á menudo algunos luises ó escudos extraviados en los bolsillos de aquellas gentes no consentían en salir sino bajo las amenazas del cañón de acero.

Así armado, entró en la sala y aguardó...

Felipe se había acercado á la puerta excusada.

Era una pieza de roble macizo que tenía una rejilla en su parte superior.

No tenía aldaba ni cerradura aparente.

El oficial llamó en ella con el puño de la espada.

Al poco rato oyéronse pasos detrás que se acercaron precipitadamente.

— ¿Qué desea usted? — preguntó una voz brusca, con marcado acento italiano, mientras aparecía un rostro en la rejilla.

— ¡Toma! quiero entrar — repuso Felipe.

— ¿Para qué? Ya se ha acabado el juego y todo el mundo va á marcharse.

Además, la entrada no es por aquí; este es un pasaje reservado solo para los íntimos, y usted no es de éstos, pues, de serlo, hubiera dado la señal convenida, en vez de golpear la puerta.

— No entiendo nada de lo que usted me dice — repuso Felipe con impaciencia. — Acabo de ver al caballero Zeno franquear esta puerta... Tengo que hablarle personalmente y quiero que me conduzca usted hasta él inmediatamente.

— El señor debe de estar ocupado en la liquidación de cuentas, y no le gusta que se le moleste en esos momentos.

— ¡Á mí qué me importa lo que hace el bribón de su amo!... ¡Ábrame ó entro por fuerza!

Al oír tan rudas palabras, el interlocutor del teniente aplicó aún más su faz contra la rejilla para mirarlo bien.

Probablemente no estaba acostumbrado á oír hablar en esa forma del embajador y quería ver exactamente al audaz que se permitía tratarle de aquel modo.

Al ver la poca prisa que se daban en satisfacer sus deseos, no pudo contenerse más Felipe.

— ¡Por vida de!... — exclamo — ¡Vas á abrirme, majadero!... te digo que quiero entrar...

Y agarrando la rejilla con una mano, sacudió la puerta con tal energía, que crujieron sus goznes; pero no cedió, estaba á prueba de los choques y sacudidas más violentos.

— *¡Diavolo!* — exclamó el guardián retrocediendo prudentemente — ¿quién es este furioso? Voy á avisar á Su Excelencia.

Y se retiró, dejando al joven ensañarse contra la pesada puerta.

Transcurrió un cuarto de hora.

No viendo volver á nadie, Felipe, cansado de menear inútilmente la puerta, acabó por dejarla, y fué á apostarse á dos pasos de allí, resuelto á aprovechar la primera salida que hubiese para introducirse y llegar hasta el caballero, por mucha resistencia que le opusieran.

Llevaba apenas diez minutos de centinela, royendo silenciosamente su freno, cuando, de pronto, abrióse de par en par la puerta, apareció una sombra en el fondo del pasillo, y acto seguido, oyóse una detonación.

Felipe, que se había precipitado ya adelante, fué detenido por un proyectil que le dió en la boca del estómago.

Al mismo tiempo, lanzó un grito y vaciló; y hasta se hubiera caído, de no haberle retenido cuatro brazos vigorosos.

La puerta se había cerrado inmediatamente.

— ¡Santo Dios! ¡si es el chiquitín!

— ¡Virgen Santa! ¡él es!

Esas dos exclamaciones fueron lanzadas casi al mismo tiempo por Cocardasse y Passepoil.

Los portadores de la condesa habían caminado tan de prisa, que apenas emplearon media hora en ir de la calle de Francs-Bourgeois á la de Montmartre.

Y en el momento en que la pequeña comitiva desembocaba en esta última, precisamente frente á la embajada, fué cuando Felipe recibía el tiro disparado desde el pasillo.

Al oír la detonación y ver á un hombre próximo á rodar por tierra, ambos maestros de armas acudieron á él, y, con gran estupefacción, reconocieron á Felipe.

— ¡Voto á!... ¿Qué quiere decir esto? — exclamó el gascón, tratando de ver si el joven tenía alguna herida grave.

— Ya adivino lo que es; estamos frente á la embajada de Venecia — dijo Passepoil.

— Y Zeno ha querido demostrarnos su existencia — agregó Helouin que llegaba en aquel momento. — ¿Pero dónde está herido el pobre muchacho? — preguntó, dirigiendo miradas inquietas á la litera de la condesa, que se había parado un momento á corta distancia.

— En ninguna parte, amigos míos, — contestó Felipe, irguiéndose de pronto; — la bala ha resbalado por uno de los botones de mi uniforme, sin tocarme. Pero ha sido tan violento el choque, que me he quedado sin aliento y aun estoy medio aturdido.

— ¡Loado sea Dios! — dijo el policía; — en ese caso, venga usted, señor conde; su señora madre le está esperando.

Felipe no tuvo tiempo de extrañarse de las palabras de Helouin.

Éste, ayudado por Cocardasse y Passepoil, le arrastró vivamente hasta la litera de la condesa.

Aurora, que también había oído el pistoletazo y

visto á su escolta que la abandonaba repentinamente, asomóse á la portezuela para ver lo que ocurría.

Al divisar á Felipe, á quien los tres hombres llevaban hacia ella, experimentó como un deslumbramiento y su corazón empezó á latir con tal fuerza que parecía querer romper su envoltura.

Ya no podía dudar; ¡por fin veía á su hijo, al hijo que había llorado durante tanto tiempo!

No hizo falta que se lo dijeran; todo su ser iba hacia él.

Entonces, en una especie de locura maternal, saltó fuera de su litera, corrió hacia el joven, y enlazándole en sus brazos, lo llevó, por decirlo así, hasta el ligero vehículo, en el cual le hizo penetrar con ella.

— Vuelvan al hotel — ordenó Helouin á los portadores.

De buena se ha escapado el teniente de policía Herault — añadió para sus adentros; — porque la condesa parecía decidida á penetrar hasta su domicilio, si hubiera sido necesario, para verle sin demora.

Y, á fin de no turbar las expansiones de la condesa y de Felipe, retiróse con los dos maestros de armas.

IV

MADRE É HIJO

En la silla, Aurora tenía á su hijo abrazado, riendo y llorando á la vez.

Pero no podía hablar, pues no encontraba palabras para expresar su embriaguez.

Sólo decía:

— ¡Hijo mío!...

En esas palabras estaba toda su alma.

Él no sabía responder más que:

— ¡Madre mía!

Y su corazón se derretía de dicha al volver á encontrar tan bella á la de quien su recuerdo de niño conservaba la imagen adorada.

El regreso fué rápido.

Por fin llegó Aurora y condujo á su cuarto á su hijo, al mismo cuarto en que se le había aparecido la víspera.